

The background of the cover is a sepia-toned illustration. It depicts a woman from the waist up, shown in profile facing right. She has dark, curly hair and is wearing a dark, long-sleeved dress with a high collar and a sash tied at the waist. She is holding a small, light-colored envelope or letter against her chest with both hands. In the background, a hazy city skyline is visible, featuring several tall buildings, including one that resembles the Chrysler Building. The overall style is reminiscent of early 20th-century book cover art.

O. Henry

Una historia Inconclusa

E LEJANDRIA



O. Henry

Una historia Inconclusa

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA HISTORIA INCONCLUSA

O. HENRY

PUBLICADO: 1906
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

UNA HISTORIA INCONCLUSA

Ya no gemimos ni nos cubrimos la cabeza de ceniza cuando se mencionan las llamas del Tofet. Pues hasta los predicadores han empezado a decirnos que Dios es radio, o éter, o algún compuesto científico, y que lo peor que podemos esperar los pecadores es una reacción química. Es una hipótesis grata; pero algo queda aún del buen y antiguo terror de la ortodoxia.

No hay más que dos temas sobre los que uno pueda hablar con plena libertad imaginativa y sin riesgo de ser refutado. Puede uno hablar de sus sueños, o contar lo que oyó decir a un loro. Tanto Morfeo como el ave son testigos incompetentes, y el oyente no se atreve a poner en entredicho el relato. El tejido sin base de una visión será, pues, el asunto que me ocupe —elegido con disculpas y pesares en lugar del campo más limitado de la cháchara de la linda Polly.

Tuve un sueño tan alejado de la alta crítica que tenía que ver con la antigua, respetable y añorada teoría del tribunal del juicio final.

Gabriel había tocado su trompeta, y quienes no pudimos seguir el juego fuimos conducidos a examen. Noté a un lado un grupo de fiadores profesionales vestidos de negro solemne, con cuellos abotonados por detrás; pero parecía haber algún problema con los títulos de sus propiedades inmobiliarias, y no daban señales de ir a sacarnos de apuros a ninguno.

Un policía de vuelo —un ángel agente del orden— se acercó volando y me tomó por el ala izquierda. Cerca había un grupo de

espíritus de aspecto muy próspero que aguardaban juicio.

—¿Pertenece usted a ese grupo? —preguntó el policía.

—¿Quiénes son? —respondí.

—Pues —dijo él—, son...

Pero estas cosas irrelevantes están ocupando espacio que debería pertenecer a la historia.

Dulcie trabajaba en unos grandes almacenes. Vendía encajes de Hamburgo, o pimientos rellenos, o automóviles, u otras baratijas por el estilo de las que se guardan en los grandes almacenes. De lo que ganaba, Dulcie recibía seis dólares a la semana. El resto se le acreditaba a ella y se le cargaba a la cuenta de otro en el libro mayor que lleva D—. —¡Ah, energía primordial, dirá usted, señor reverendo doctor! —Pues bien, en el Gran Libro de la Energía Primordial.

Durante su primer año en los almacenes, a Dulcie le pagaban cinco dólares a la semana. Sería muy ilustrativo saber cómo vivía con esa cantidad. ¿Que no le importa? Muy bien; probablemente se interesa usted por cantidades mayores. Seis dólares es una cantidad mayor. Le contaré cómo vivía Dulcie con seis dólares a la semana.

Una tarde a las seis, cuando Dulcie se clavaba el alfiler del sombrero a escasos tres milímetros de su *medulla oblongata*, le dijo a su amiga Sadie —la chica que la atiende a usted siempre de perfil—:

—Oye, Sade, he quedado esta noche a cenar con Piggy.

—¡No me digas! —exclamó Sadie con admiración—. ¡Vaya suerte que tienes! Piggy es un tipo de lo más distinguido, y siempre lleva a las chicas a sitios de postín. Una noche llevó a Blanche al Hoffman House, donde tocan una música estupenda y se ve a un montón de gente de categoría. Lo vas a pasar de maravilla, Dulce.

Dulcie se apresuró hacia su casa. Le brillaban los ojos y sus mejillas mostraban el rosa delicado del alba que se acercaba —el

alba de la vida real—. Era viernes, y le quedaban cincuenta centavos de la paga de la semana anterior.

Las calles estaban inundadas por las riadas de gente de la hora punta. Las luces eléctricas de Broadway brillaban —llamando a polillas desde kilómetros, desde leguas, desde cientos de leguas en la oscuridad de los alrededores para que vinieran a asistir a la escuela de los que se queman las alas—. Hombres trajeados con esmero, con caras como las que los viejos lobos de mar tallan en huesos de cereza en los hogares de marineros, se volvían a mirar a Dulcie mientras ella pasaba a toda prisa, sin prestarles atención. Manhattan, el cereus nocturno, comenzaba a desplegar sus pétalos de un blanco muerto y pesado perfume.

Dulcie se detuvo en una tienda de artículos baratos y compró un cuello de encaje de imitación con sus cincuenta centavos. Ese dinero tenía otro destino previsto: quince centavos para la cena, diez para el desayuno, diez para el almuerzo. Otros diez centavos irían a engrosar sus pequeños ahorros, y cinco centavos se derrocharían en caramelos de regaliz —de los que te ponen la mejilla hinchada como si te doliera una muela, y duran otro tanto—. El regaliz era un lujo —casi una juerga—, pero ¿qué sería de la vida sin sus pequeños placeres?

Dulcie vivía en una habitación amueblada. Esta es la diferencia entre una habitación amueblada y una pensión: en la habitación amueblada, los demás no se enteran cuando uno pasa hambre.

Dulcie subió a su cuarto —el piso tercero trasero de una casa de piedra rojiza en el West Side—. Encendió el gas. Los científicos nos dicen que el diamante es la sustancia más dura conocida. Se equivocan. Las patronas conocen un compuesto frente al cual el diamante es plastilina. Lo embuten en las boquillas de los quemadores de gas, y uno puede subirse a una silla y raspar en vano hasta dejarse los dedos en carne viva y amoratados. Una horquilla no lo arranca; llamémoslo, pues, inamovible.

Así que Dulcie encendió el gas. A su tenue resplandor de un cuarto de bujía, observaremos la habitación.

Canapé-cama, cómoda, mesa, lavabo, silla —de todo esto era culpable la patrona—. Lo demás era de Dulcie. Sobre la cómoda estaban sus tesoros: un jarrón de porcelana dorada que le había regalado Sadie, un calendario de una fábrica de encurtidos, un libro sobre la interpretación de los sueños, algo de polvos de arroz en un plato de cristal y un racimo de cerezas artificiales atado con una cinta rosa.

Apoyadas en el espejo arrugado había fotografías del general Kitchener, William Muldoon, la duquesa de Marlborough y Benvenuto Cellini. En una pared había una placa de escayola de un O'Callahan con casco romano. Cerca de ella colgaba una violenta oleografía de un niño de color amarillo limón atacando a una mariposa de inflamados colores. Este era el juicio definitivo de Dulcie en materia de arte, y nunca había sido cuestionado. Su sueño jamás había sido perturbado por susurros de capas pluviales robadas; ningún crítico había arqueado las cejas ante su entomólogo infantil.

Piggy vendría a buscarla a las siete. Mientras ella se prepara a toda prisa, miremos discretamente hacia otro lado y charlemos.

Por la habitación, Dulcie pagaba dos dólares a la semana. Entre semana, el desayuno le costaba diez centavos; hacía café y cocía un huevo al calor del quemador de gas mientras se vestía. Los domingos por la mañana se daba un festín regio en el restaurante de «Billy's»: chuletas de ternera y buñuelos de piña por veinticinco centavos —y dejaba diez de propina a la camarera—. Nueva York ofrece tantas tentaciones para el derroche... La comida del mediodía la tomaba en el restaurante de los almacenes por sesenta centavos a la semana; las cenas ascendían a 1,05 dólares. Los periódicos de la tarde —ique me presenten a un neoyorquino que prescinda de su diario!— salían a seis centavos; y dos periódicos del domingo —uno por la columna de anuncios personales y el otro para leer— eran diez centavos. El total asciende a 4,76 dólares. Y encima hay que comprarse ropa, y...

Me rindo. He oído hablar de gangas maravillosas en telas, y de milagros obrados con aguja e hilo; pero me queda la duda. Tengo la pluma en vano suspendida cuando quiero añadir a la vida de Dulcie alguna de esas alegrías que pertenecen a la mujer en virtud de todos los preceptos no escritos, sagrados, naturales e inactivos de la equidad del cielo. Dos veces había estado en Coney Island y había montado en los caballitos. Es algo triste contar los placeres por veranos en lugar de por horas.

Piggy merece apenas unas palabras. Cuando las chicas le pusieron ese nombre, echaron un estigma inmerecido sobre la noble familia de los cerdos. La lección de palabras de tres letras del viejo abecedario azul empieza con la biografía de Piggy. Era gordo; tenía el alma de una rata, las costumbres de un murciélago y la magnanimidad de un gato... Vestía ropa cara y era un experto en el hambre ajena. Con echar una ojeada a una dependienta, era capaz de decirle a uno con una hora de margen cuánto tiempo llevaba ella sin comer nada más nutritivo que nubes de azúcar y té. Merodeaba por los barrios comerciales y rondaba por los grandes almacenes con sus invitaciones a cenar. Los hombres que sacan al perro atado a una correa por la calle lo miran por encima del hombro. Es un tipo; no puedo detenerme más en él; mi pluma no es de las pensadas para él; yo no soy carpintero.

A las siete menos diez Dulcie estaba lista. Se miró en el espejo arrugado. El reflejo era satisfactorio. El vestido azul oscuro, que caía sin una arruga, el sombrero con su airosa pluma negra, los guantes apenas algo sucios —todo ello fruto de la privación, incluso de la propia comida— le sentaban de maravilla.

Dulcie olvidó todo lo demás por un instante, salvo que era guapa y que la vida estaba a punto de levantarle una esquina de su velo misterioso para que contemplara sus maravillas. Ningún caballero la había invitado a salir antes. Ahora iba a adentrarse por un breve instante en el brillo y el esplendor del espectáculo.

Las chicas decían que Piggy era de los que invitaban en grande. Habría una cena espléndida, y música, y damas magníficamente

vestidas a las que mirar, y cosas de comer cuyo nombre se les trababa la lengua a las chicas al intentar describirlas. Sin duda la volvería a invitar. Había un traje de pongée azul en un escaparate que ella conocía —ahorrando veinte centavos a la semana en lugar de diez, en... a ver... ¡Ah, tardaría años!— Pero había una tienda de segunda mano en la Séptima Avenida donde...

Alguien llamó a la puerta. Dulcie la abrió. La patrona estaba allí con una sonrisa fingida, husmeando si se cocinaba con gas robado.

—Tiene usted un caballero abajo que pregunta por usted —dijo—. Se llama el señor Wiggins.

Con tal epíteto conocían a Piggy quienes tenían la desgracia de tener que tomárselo en serio.

Dulcie se volvió hacia la cómoda para coger el pañuelo, y entonces se quedó inmóvil y se mordió el labio inferior con fuerza. Al mirarse en el espejo había visto el país de las hadas y a ella misma como una princesa que acabara de despertar de un largo sueño. Había olvidado a alguien que la observaba con ojos tristes, hermosos y severos —el único que podía aprobar o condenar lo que hacía—. Erguido, esbelto y alto, con una expresión de doloroso reproche en su apuesto y melancólico rostro, el general Kitchener fijaba en ella sus maravillosos ojos desde el marco dorado de su fotografía sobre la cómoda.

Dulcie se giró hacia la patrona como una muñeca mecánica.

—Dígale que no puedo ir —dijo sin vida—. Dígale que estoy enferma, o algo así. Dígale que no salgo.

Cuando se cerró y echó el pestillo a la puerta, Dulcie se desplomó sobre la cama, aplastando la pluma negra del sombrero, y lloró durante diez minutos. El general Kitchener era su único amigo. Era el ideal de Dulcie del caballero galante. Tenía el aspecto de guardar un pesar secreto, su magnífico bigote era un sueño, y ella sentía un poco de temor ante aquella mirada severa y tierna a la vez. Solía imaginar que algún día vendría a buscarla a la casa, preguntando por ella, con la espada tintineando contra sus botas altas. Una vez,

cuando un chiquillo golpeaba un trozo de cadena contra un farol, ella había abierto la ventana y había asomado la cabeza. Pero no había nada que hacer. Sabía que el general Kitchener estaba muy lejos, en el Japón, al mando de su ejército contra los salvajes turcos, y que jamás saldría de su marco dorado por ella. Pero con una sola mirada suya había bastado para vencer a Piggy aquella noche. Sí, aquella noche al menos.

Cuando terminó de llorar, Dulcie se levantó y se quitó su mejor vestido y se puso el viejo quimono azul. No le apetecía cenar. Cantó dos estrofas de «Sammy». Luego se absorbió intensamente en un pequeño punto rojo en el costado de la nariz. Una vez atendido ese asunto, arrimó una silla a la desvencijada mesa y echó las cartas con una baraja vieja.

—¡El horrible, el descarado! —dijo en voz alta—. ¡Y yo jamás le di una palabra ni una mirada que le diera pie a pensar eso!

A las nueve, Dulcie sacó del baúl una caja de galletas y un tarrito de mermelada de frambuesa, y se dio un festín. Le ofreció al general Kitchener un poco de mermelada en una galleta; pero él se limitó a mirarla como habría mirado la esfinge a una mariposa —si es que hay mariposas en el desierto—.

—No lo comas si no quieres —dijo Dulcie—. Y no te des tantos aires ni me riñas con esa mirada. Me pregunto si serías tan superior y tan arisco si tuvieras que vivir con seis dólares a la semana.

No era buena señal que Dulcie le hablara así al general Kitchener. Y luego dio la vuelta a la fotografía de Benvenuto Cellini con un gesto severo. Pero eso no era del todo injustificado, pues siempre había creído que era Enrique VIII, y no le tenía ninguna simpatía.

A las nueve y media Dulcie echó un último vistazo a las fotografías de la cómoda, apagó la luz y se metió de un salto en la cama. Es algo terrible irse a dormir dando las buenas noches al general Kitchener, a William Muldoon, a la duquesa de Marlborough y a Benvenuto Cellini. Esta historia no llega a ninguna parte. El resto vendrá después —algún día, cuando Piggy invite a Dulcie a cenar de

nuevo, y ella se sienta más sola que de costumbre, y el general Kitchener mire justo hacia otro lado; y entonces...

Como decía antes, soñé que me encontraba junto a un grupo de ángeles de aspecto próspero, y un policía me tomó por el ala y me preguntó si era uno de ellos.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Pues —dijo él—, son los hombres que contrataban a chicas obreras y les pagaban cinco o seis dólares a la semana para que vivieran con eso. ¿Es usted uno de ellos?

—Ni en su inmortalidad —dije yo—. Yo soy solo el tipo que le prendió fuego a un orfanato y mató a un ciego para robarle las monedas.

Una historia inconclusa

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB